

Hechos y Glosas

● ¿Trato igual a Franco que a Tito?

“Los católicos que insisten en que nuestro gobierno debiera tomar el segundo de los caminos (ejercer presión sobre Tito más bien que sobre Franco) no pueden consistentemente objetarle que tome el primero (presionar a Franco) a no ser que Washington presione a Franco y no a Tito”.

De América.—Marzo 22, p. 622.

¿De manera que Tito y Franco están en la misma condición del trato que se merecen de parte de Washington?

Digamos sencillamente que nos ha extrañado muchísimo, más bien que nos ha escandalizado, este modo de juzgar de una revista católica y sobre eso dirigida por religiosos y de una Orden religiosa que en España es quizá la que más agradecida se debe mostrar a Franco.

Ni en el punto de vista propio ni en el de Washington es justo que se trate lo mismo a Franco que a Tito. No nos vamos a poner aquí a demostrarlo por ser innecesario y saltar a la vista que no es lo mismo y por lo tanto no merece ser tratado lo mismo quien es jefe de un estado católico y debelador del comunismo y quien es jefe de un estado comunista, militante rojo que ha destruido en gran parte a la Iglesia en su patria y trata de inmovilizarla del todo, sólo porque la legislación española no permita que unos pocos protestantes no gocen, respecto a su secta, los mismos derechos que la casi totalidad de su pueblo, que es católico. Con esta particularidad, además, que la mitad de esos pocos protestantes son extranjeros, y la del peligro, de ningún modo imaginario, que sean los protestantes el caballo de Troya para deshacer la unidad católica española y desvirtuar con eso la paz a costa de tanta sangre lograda.

A nosotros nos parece que los católicos que demandan se presione más bien a Tito juzgan muy rectamente.

En el fondo de la manera de pensar del articulista nos parece descubrir que sostiene la doctrina de que todas las religiones deben gozar de las mismas libertades. Y de que no nos equivocamos, son prueba sus mismas declaraciones a columna seguida de la misma revista:

● ¿Plena libertad aun para las religiones falsas?

"Plena libertad religiosa, con todo (se refiere: aunque los protestantes se metan a producir algaradas) debe de ser el estado normal de los asuntos en todas las naciones adelantadas. Una legislación represiva pertenece a un estado primitivo de cosas". (De la misma revista arriba citada.—Marzo 22, 662, col. 2.

Semejante afirmación *en tesis* está repetidamente condenada por la Iglesia. Y no vale hacer distinciones —que no dejan de ser peligrosas y aun injuriosas— entre doctrinas de teólogos y eclesiásticos y doctrinas de filosofía política. La filosofía de cualquier clase que sea, si es pura y verdadera, no puede chocar con la teología ni con la doctrina de la Iglesia. Ahora bien, la plena libertad de todas las religiones, en tesis, hiere, inmediata o mediatamente, varios puntos del dogma, pues supone que todas son igualmente verdaderas y que no hay ninguna que pueda presentar títulos para acreditar ser la única verdadera y mucho menos de origen divino y de carácter obligatorio y trascendente o universal para esta vida y la otra, como en hecho de verdad lo es la Católica. No puede, pues, la libertad de cultos, fundarse en la filosofía.

Se dirá que el sujeto de derechos no puede ser nunca una doctrina o una religión, sino que tienen que serlo las *personas*, las cuales gozan de la prerrogativa de poder profesar el culto que su conciencia les dicte. Es verdad que en rigor conceptual así hay que considerar el derecho, pero semejante distinción no resuelve el problema, sino que se reduce a una mera cuestión de *nombre*. Porque, en fin de cuentas, no se puede reconocer a la persona humana el derecho de practicar *de cualquier modo* —aun en público y con carácter proselitista...—, la religión que le impone su conciencia, sin negar lógicamente varios puntos sustanciales de la revelación divina —y por lo mismo sin conculcar el derecho superior de una persona divina—, ya que semejante reconocimiento implicaría, o que no se toma en serio ningún culto porque se profesa el ateísmo, o que todos se consideran iguales porque se sostiene el agnosticismo o la independencia de la razón respecto a la revelación, si no es que se afirma el triple absurdo de que el siervo puede determinar él mismo, por su cuenta, el género de *servicio* que debe prestar a su Señor, y de que se puede tender al último fin por vías diversas y aun opuestas... , no menos que agradar a Dios lo mismo con la verdad y el bien que con el error y la maldad.

Querer tratar a todos por el mismo rasero, lejos de conformarse a los principios de *igualdad* no es sino destruirlos con un *igualamiento* opresor

de todo progreso fundado en la verdad. Negar a una secta falsa el mismo derecho que se reconoce a la religión verdadera y menos en un país católico, no es ninguna represión porque falta el sujeto de derecho, es sencillamente no confundir las cosas y tratar de dar a cada una su puesto.

Que en Roma no estén dispuestos a abandonar la tesis lo indican, entre otras manifestaciones, los artículos de La Civiltà Cattolica 15 Marzo, 611 ss. y 5 abril, 18 del presente año.

El autor de la frase que comentamos al decir, en otro número de la misma revista que "we defend the principle of religious liberty, not as a matter of mere expediency but as compatible with the teaching of the Church" Mayo 24, 218; nos parece que muestra mucha ingenuidad, para no decir otra cosa, una ingenuidad de la misma clase que arrastró a Roosevelt a concesiones por las que hoy la inmensa China y la mitad de Europa es comunista. No nos crean los yankees tan buenos como se creen ellos o por lo menos no lo crean así de todo el mundo. ¿Qué, si no lo creen de los mismos suyos? ¿No están pesquisando a los comunistas? ¿Por qué no dejarlos en plena libertad de acción y de propaganda?

A nosotros nos parece un contrasentido coartar por un lado la libertad de los comunistas y de cualquier otra tendencia que creen peligrosa para su nación y pretender que otros abran la puerta a cualesquiera sectas religiosas que pudieran ser ocasión y causa de perturbar la paz pública de una nación católica y contrarrestar en ella la acción de la única religión verdadera. Es mucha ingenuidad pretender que otros tengan abierta de par en par la puerta cuando la cierran ellos, a cualquiera que sea, siempre que les conviene. Los españoles están en su derecho de hacer lo mismo. Y a propósito no nos olvidamos tan fácilmente de cómo los EE. UU. la cerraban a los buenos españoles durante la guerra, la de los bancos congelándoles sus bienes y la de sus puertos no permitiéndoles ni siquiera bajarse en ellos para visitar sus ciudades.

¿Y será tan sencillo el articulista que porque los protestantes de España gocen de los mismos derechos fundamentales que los católicos van a cejar de molestarles los protestantes en su propio país? No por cierto. La Iglesia Católica en los EE. UU. será perseguida apenas se deje sentir su influjo bienhechor de una manera dominante en la vida pública. No porque los pocos protestantes de España sean tratados de esta o de la otra manera, sino porque hay muchos enemigos de la Cruz de Cristo, cuyo Dios es el vientre, en frase lapidaria de S. Pablo (Ph. 3, 19), que no quieren que reine Dios en este mundo por medio de la Iglesia, como lo ha determinado. Ahí están los de la POAU. Ni se olviden nuestros hermanos estadounidenses de la legión de masones donde tantos judíos, ateos e indiferentes en consorcio con los protestantes, hacen guerra sin cuartel, declarada o solapada, según convenga o lo permitan las circunstancias, contra la Iglesia de Jesucristo. No son de tan buena voluntad que la vayan a dejar en paz, pase lo que pase en la lejana España. Como que algunos piensan y creemos que no van errados, que toda esta alharaca artificial en favor del protestantismo español va más bien encauzada por y en favor de la masonería, causante de la catástrofe española y excluida por lo mismo ahora de España, en consorcio, claro está, con intereses materiales

y dominadores políticos de quienes ven escapárseles de entre sus manos una presa largo tiempo usufructuada. Y es pena que católicos, suponemos que sin darse perfecta cuenta de ello, les estén ayudando.

Los españoles hacen muy bien en defender su religión y oponerse así a todos sus enemigos con todos los medios justos en su mano. *Imperativo ético* es el oponerse al error religioso con todos los medios lícitos aunque se nos tache de atrasados, y en cambio, en vano nos esforzamos por encontrar un imperativo ético, es decir una obligación moral que Dios impone, de que por que no se molesten unos, según ellos lo creen ingenuamente, en luchar en su patria con los medios abundantes de que disponen en virtud de sus propias circunstancias, (V. ECA Mayo 1952, 229 ss.) deban los católicos españoles dejar de cumplir su obligación tan sagrada como la de que defiendan su unidad religiosa con todos los medios a su alcance y después de haberla rescatado con torrentes de sangre. Siempre ha de ser España la víctima de ajenas comodidades, por dejadez de los mismos españoles. Recuérdenlo que así hasta hace poco, ha sido y sin dejarse impresionar por juicios particulares, más insidiosos si vienen de nuestras propias filas, obren según la pauta tantas veces programada por los Sumos Pontífices p.ej. del inmortal León XIII Enc. *Libertas*: "Siendo, pues necesario al Estado profesar una religión, ha de profesar la única verdadera, la cual sin dificultad se conoce, singularmente en los pueblos católicos, puesto que en ella aparecen como sellados los caracteres de la verdad. Esta religión es pues, *la que han de conservar los que gobiernan, esta la que han de proteger*, si quieren, como deben, atender con prudencia y útilmente a la comunidad de los ciudadanos".⁽¹⁾

● El arte por el arte

A propósito de una polémica acerca de Sartre.

Con ocasión de una exhibición privada que se ha dado en San Salvador de la pieza dramática de Sartre "Huis-Clos", se ha suscitado una polémica en varios diarios de la localidad sobre la libertad en el arte.

Como suele acontecer en esta clase de discusiones, ambos contendientes se han apartado del centro principal: la teoría del arte por el arte en sus distintas tendencias. La cuestión pudiera plantearse así: ¿Es independiente en absoluto el artista de toda clase de leyes, literarias y morales? Entre las primeras, ya se ve claramente que no se puede prescindir de las funda-

(1) Acabamos de leer el editorial de la Revista "Ecclesia" —órgano de la jerarquía de España— correspondiente al mes de Mayo, que abunda en las mismas ideas. Juzgamos que con documento tan autorizado la cuestión queda completamente zanjada y nos congratulamos de haber coincidido con él.

mentales, que uno es libre de seguir las accesorias y que las arbitrarias son perjudiciales. Pero decir que el arte es absolutamente independiente de toda regla: gramatical, estética, lógica, moral, religiosa, sería desconocer la naturaleza misma del arte.

Ahora bien, por lo que se refiere en concreto —y este es el meollo de la polémica —a las relaciones del arte y del artista con la moral, ¿es cierto, que, para que haya obra artística, es necesario que el que la hace se proponga un fin moralizador? Hay quienes han defendido este parecer; pero generalmente se considera como insostenible. Entonces, ¿será verdad que el artista, como artista, es independiente y puede recabar para sí y ejercitar el derecho de no tener para nada en cuenta las leyes de la moral y conculcarlas a su arbitrio? Nada más falso. Todo hombre, cuando obra como racional, es decir, deliberada y libremente, está obligado a sujetarse a las prescripciones de la moral. Nunca será bella la obra del hombre que va contra su naturaleza racional bien ordenada.

La fórmula, pues, de “El arte por el arte”, entendida en el sentido de absoluta independencia, no puede admitirse. Pero en un sentido más restringido, de que a la obra artística, para serlo, le basta como único fin el de producir la belleza, sin que tenga al mismo tiempo que proponerse ningún otro fin, por ejemplo enseñar o moralizar, no puede ser más verdadera. El arte tiene como único fin producir la belleza; pero nótese bien que el placer de la obra artística es en el que lo goza, un placer agradable, desinteresado y puro, que impresiona todas nuestras facultades y singularmente la sensibilidad y la fantasía, no el placer de los sentidos y menos el de la sensualidad.

De lo expuesto se deduce que aquellas obras literarias que tiendan a producir placer no más que sensual o voluptuoso, son antiestéticas. Confunden sus autores la emoción estética que produce la belleza, con el placer sensual. Ha dicho muy bien Saint-Marc Girardín: “El arte no debe hablar sino al alma, y solamente al alma debe agradar. Si trata de emocionar a los sentidos, el arte se degrada. El mismo baile y la danza son un arte cuando por sus pasos y movimientos agradan al espíritu y despiertan en el alma la idea de la gracia. No pasarán de ser un oficio de tántos cuando sólo tratan de excitar la voluptuosidad y de contentar a los sentidos. Las artes son el lenguaje del alma” (Saint-Marc Girardín, *Cours de littérature dramatique*, chap. I.)

Y, segundo, que si la belleza ha de producir un deleite puro e inmaterial, la belleza tiene relación íntima con la moralidad.

Ni se nos diga que pueden concurrir deleite sensual y emoción estética, pues ésta quedaría esfumada y como oscurecida, y sobre todo no puede haber verdadero placer del alma allí donde se ve ofendido el sentido moral. Porque si la belleza es verdad, y verdad, según los filósofos, es conformidad del entendimiento con el objeto, ¿cómo podrá el entendimiento conformarse con una cosa o acción que es realmente irracional?

Esto no quiere decir que no puedan entrar en una obra literaria descripciones de vicios. Del contraste del vicio y la virtud resaltarán más la belleza moral, si la virtud triunfa del vicio, como resalta más la luz al lado de las sombras.

Ni se nos diga, con Zola, que el artista es un ser aparte, que obedece a un impulso irresistible, y por tanto irresponsable. Porque el artista debe ser ante todo racional.

En Esparta, añade el mismo Emilio Zola, mostraban a los niños los esclavos ebrios para inspirarles horror a la borrachera. Del mismo modo se conseguirá inspirar horror al vicio pintándolo al vivo en las obras literarias. Pero una triste experiencia enseña que la vista y la lectura de esos excesos es sencillamente una sobreexcitación de los peores instintos bajos de la naturaleza.

Pero insiste: El arte purifica todo; la obscenidad comienza cuando el talento acaba (E. Zola). La obscenidad siempre será obscenidad por más que se la quiera disfrazar de arte; y conviene que tengan presente los que se hacen solidarios de esta teoría del más crudo de los naturalistas, que en sana ética hay unas acciones intrínsecamente buenas y otras de por sí malas, sin que ningún paliativo artístico las pueda hacer recomendables.

No querriamos cerrar este comentario sin citar, siquiera sea brevemente, unas palabras del discurso que Su Santidad Pío XII dirigió, con ocasión de la sexta reunión quadrienal, a un grupo de artistas italianos, a principios de abril, sobre la esencia del arte. Estas palabras deberían ser acatadas por todo católico que se preciara de tal. "No es necesario explicar a vosotros, pues que la sentís en vuestro interior con frecuencia como un noble tormento, una de las características del arte, que consiste en cierta **afinidad** intrínseca del arte con la religión, y que en cierto modo hace a los artistas intérpretes de las infinitas perfecciones de Dios, y particularmente de la belleza y la armonía de la Creación. La función del arte reside ciertamente en romper el cerco estrecho y tortuoso de lo finito que aprisiona al hombre aquí en la tierra, para abrir una ventana al infinito que anhela el alma. De aquí que todo esfuerzo —y lo será en vano— por negar o suprimir la relación entre el arte y la religión resulte en menoscabo del arte, pues cualquier belleza artística que se quiera captar en el mundo, en la naturaleza y en el hombre, para expresarla en el sonido, en el color, **o en los espectáculos para las muchedumbres**, no puede prescindir de Dios, ya que todo lo que existe está atado a El por una relación esencial. Por consiguiente no hay, ni en la vida ni en el arte (ya se le presente como una expresión del sujeto, ya como una interpretación del objeto), nada que se pueda llamar exclusivamente **humano, o natural o inmanente**. (N. C. Ciudad del Vaticano, abril 23, 1952).

● Sartre: ¿ante el tribunal de la filosofía, o de la Psiquitría?

Hablar de Sartre es ya una necesidad para todos aquellos que quieren ser computados en el número de los "cultos". Más que necesidad diríamos mejor una moda. Los vestidos tienen sus modas, y las maneras de pensar

de la gente "cult", tienen también las suyas. La de estos tiempos es Sartre y el existencialismo.

En una de sus novelas, "Les chemins de la liberté" leemos estas palabras puestas en labios de un intelectual héroe, —el mismo Sartre— que se encuentra cumpliendo una misión de retardo en una operación bélica: "Se aproxima al parapeto y comienza a disparar de pie. Era un enorme desquite; cada tiro le vengaba de un antiguo escrúpulo. Un tiro sobre Lola, a la que no me he atrevido a raptar; otro sobre Marcela, a la que debí abandonar; uno sobre Odette, a la que no quise besar. Este por los libros que no me he atrevido a escribir; el siguiente por los viajes que me he negado; otro sobre todos los tipos en bloque, a los que he querido detestar y que he tratado de comprender. Disparaba; las leyes volaban por el aire. "Amarás al prójimo como a tí mismo", un tiro; "no matarás", otro. Disparaba sobre el hombre, sobre la virtud, sobre el mundo. La libertad es el terror; el fuego ardía en la alcaldía, ardía en su cabeza; las balas silbaban. Libre como el aire estallará el mundo y yo con él; disparó, miró a su reloj: catorce minutos, treinta segundos; no tenía ya nada que pedir salvo un plazo de medio minuto, tiempo preciso para disparar sobre el apuesto oficial, tan valiente que corría hacia la Iglesia; disparó sobre el apuesto oficial, sobre toda la belleza de la tierra, sobre la calle, sobre los jardines, sobre las flores, sobre todo lo que había amado. La belleza hizo una zambullida obscena. Mathieu disparó todavía.

Disparó: ya era puro, era omnipotente, era libre. Quince minutos".

Después de leer estas líneas nadie se extrañará del epígrafe inicial. No seríamos los primeros en emplazarlo ante el tribunal de la psiquiatría. Lo ha hecho ya antes un psiquiatra de Lovaina, Etienne de Greff y ha dictado su veredicto en las siguientes palabras: "Toda la obra de Sartre es la de un hombre que presenta un erotismo sexual exagerado, permaneciendo ciego desde el punto de vista afectivo, para con los otros (tanto para el hombre como para la mujer). La existencia de la mujer no tiene sentido para un homosexual. Para un héroe sartriano no lo tiene ni la mujer ni el hombre. Esto no quiere decir que prescindiera de su existencia, porque tal existencia es un hecho, una realidad, y el héroe reacciona por el gusto de negarla, destruirla o dominarla si se quiere. El destino normal de Sartre es el nihilismo y el deseo de deificación. Todas las teorías sartrianas vienen a parar en la anarquía o en la muerte; y esto por el sencillo motivo de que Sartre, por naturaleza o por educación, no ha superado nunca el estadio infantil del autoerotismo. En resumidas cuentas ha acabado por encontrar en nosotros la manera de mejorar considerablemente la técnica del placer autoerótico; pero nunca jamás la persona moral y afectiva de los otros ha despertado en él el interés elemental e instintivo que en todo hombre normal y bien nacido entreabre las prisiones del yo... Este autor se esfuerza muy particularmente en justificar su ceguera afectiva y en demostrar que todos los hombres son como él; a ellos les toca no creerle".

¿Qué más se puede decir para ponernos en guardia frente a la novelaría de una moda "filosófica" de tales relieves psicológicos?

● Medicina y moral

Ultimamente han circulado por El Salvador rumores alarmantes que intentaban introducir de nuevo una antítesis entre ambas, por lo menos en ciertos puntos concretos. En esta misma revista se hizo oír la voz de la Iglesia con sus prohibiciones tajantes y se llamó en su apoyo a la ley natural.

Hoy queremos ofrecer a nuestros lectores el testimonio de esa ciencia.

En la reciente convención del Colegio Americano de Cirujanos se trató del problema del aborto terapéutico. Miembros tan eminentes como el Dr. Samuel Cosgrove del Hospital de Maternidad Margarita Hague; Dr. Roy J. Heffernan del Colegio Tufts; Dr. Bernard J. Hanley del Hospital de Los Angeles y el Dr. Merton John H. del mismo Hospital, formaban parte de la reunión. Todos los doctores excepto uno, Merton, condenaron sin equívocos el aborto terapéutico.

El Dr. Heffernan aseguró que no hay complicaciones del embarazo que no puedan ser curadas con atenciones médicas y llegó a decir estas palabras: "Todo aquél que realiza un aborto terapéutico es o ignorante de los modernos métodos médicos o no quiere consagrar a su caso el tiempo y el esfuerzo requeridos".

El Dr. Cosgrove, no católico, pero siempre muy concienzudo y respetuoso de la santidad de la vida fetal, declaró: "Yo sostengo la negación del aborto terapéutico por la estricta razón de que **ley moral es buena medicina**". Este mismo Dr. adujo el año 1944 la cifra estadística de 67.000 casos con sólo cuatro abortos. Ahora nos afirma que en el Hospital de Maternidad de Margarita Hague se han registrado 136.467 nacimientos con cuatro abortos únicamente. Esto quiere significar que en los 70.000 partos de los últimos siete años no ha tenido lugar ningún aborto terapéutico, buena demostración práctica y fina del dicho: "buena moralidad — buena medicina".

Una nueva confirmación de la opinión de esa mayoría del cuadro y de su posición absolutamente segura y firme, ofreció el Dr. Frederick L. Good. Expone que en su Hospital (Boston City Hospital) se han dado más de 66.000 casos sin ningún aborto terapéutico y **con una mortalidad de cero en aquellas condiciones que se suponían iban a ser beneficiadas por el aborto terapéutico**.

Una confirmación semejante aunque en una escala más limitada fue la presentada por el Hospital Cook Country de once años nada más de existencia.

Aun el Dr. Merton que no admitía el punto de vista tan absoluto de sus compañeros, criticó acerbamente la frecuencia de los mismos.

Estos son datos no de un país atrasado, sino del que va a la vanguardia de la técnica y del progreso.

● Deleitar y orientar: función doble del periodismo

Palabras de dos prelados norteamericanos.

Durante la XLII asamblea anual de la Asociación de Prensa Católica de los EE. UU., celebrada en Notre Dame, Indiana, dos altos miembros de la Jerarquía norteamericana trazaron directrices luminosas sobre la función del periodismo. (N.C. 25 junio).

El primero, Monseñor Thomas K. Gorman, Obispo coadjutor de Dallas, Texas, y Presidente del Departamento de Prensa de la N.C.W.C. señaló un defecto que amenaza invadir también a la prensa católica:

“El periodista católico —dijo— debe aprovechar ciertamente los métodos de atraer al lector..., pero al mismo tiempo debe suministrarle luz y estímulo..., combinar la técnica con la solidez de contenido, si no quiere fracasar al alejarse de su objetivo...”

El peligro es real. La vida moderna —todo impresionismo— tiende a eliminar todo esfuerzo. Por su parte, la prensa, al mercantilizarse, busca halagar los sentidos y se ingenia en meter las cosas por los ojos a sus lectores. Pero así —observa Monseñor Gorman— “se olvida de que éstos también tienen inteligencia”.

Luego, después de observar que “Los norteamericanos, como pueblo, nunca han sido pensadores profundos” y que por eso “decididamente se inclinan a lo práctico, y por ello el utilitarismo y el pragmatismo los conquistan fácilmente”, expresa una añoranza significativa y muy fundada: “En un ambiente así —prosigue— el periódico a la antigua usanza, cuyo director se unía a una causa, y la defendía vigorosamente y aún violentamente peleaba por el triunfo de lo que él consideraba ser verdad y atacaba el mal con toda energía, gradualmente ha ido desapareciendo de la escena estadounidense, y ha cedido el sitio al diario “neutral” que hoy conocemos”.

El segundo prelado, Su Eminencia el Cardenal Stritch, de Chicago, completó el horizonte de la prensa católica diciendo: “Sed astutos, incansables, profundos, valientes; no temáis decir cosas desagradables. Estáis dedicados a una gran labor por Dios y por la patria”. Aunque a su Eminencia no se le ocultaba que la prensa católica, por decir verdades que no agradan a todo el mundo, “había tenido que arriesgarse a ser impopular”.

Esa comprensión del Sr. Cardenal es verdaderamente alentadora para el publicista católico, y ojalá todos los católicos se la apropiaran. Porque a veces hay que decir cosas que la conciencia y el bien común dictan, pero que ciertamente han de desagradar a un sector de la sociedad, y aun a veces a personas amigas. Para esas ocasiones se necesita, por parte del público, una benevolencia que se funde sólidamente en la persuasión de que la prensa no es solamente para agradar, sino para orientar agradando, y de que precisamente orientar hacia el bien es siempre algo odioso porque, más o menos, es siempre ir un poco a contra corriente.